

EL PORVENIR DEL OBRERO

Núm. 53.

MAHÓN 14 Diciembre de 1900.

DIRIGIR LA CORRESPONDENCIA: J. Mir y Mir EN MAHÓN (ISLAS BALEARES)

APARECE CUANDO PUEDE.

Provincia de

St. D.

Un gran crimen

Se comete en Menorca, á la vista de *todos*, con el consentimiento de *todos*, por la influencia de *todos*. ¡Cuán triste es tener que hablar así! Pero es la verdad, y quiero decirla aun á riesgo de disgustar. Tal vez se piense en algún medio para remediar el mal que voy á señalar, la llaga social que pondré al descubierto.

El 79 p% de los niños de esta isla son dedicados por sus padres á la zapatería. Tiene relación estrecha con la cuestión social el problema de la subsistencia de los hijos, y debe estudiarse, por tanto, bajo varios aspectos. Pero respetando la actual organización de la sociedad, puede buscarse dentro de ella remedio al mal que señalo, puede cicatrizarse algo la llaga que voy á descubrir.

Cualquiera persona puede, cuando quiera, comprobar su existencia; que reuna 10 niños de 13 á 15 años, de familias pobres, y que trabajen como aprendices de zapatero; que les obligue á leer, escribir ó hacer algún ejercicio que necesite, que requiera algo de firmeza en la *vista*, y enseguida notará que 7 de cada 10 tienen la vista cansadísima, son incapaces de todo esfuerzo visual sostenido. Yo he hecho la prueba y no falla nunca; el 70 por 100 de los jóvenes zapateros tienen la vista cansada, no pueden leer de noche cinco minutos seguidos.

Esto es triste, tristísimo. ¿Qué serán estos niños si llegan á constituir familia? Seres desgraciados, miserables, infelices.

Tres causas principalmente contribuyen á este resultado; 1.^a la mala alimentación y deficiente, que hace que los pequeñuelos se desarrollen raquíticos y anémicos; sin fuerzas para la formación robusta de sus huesos, de sus músculos, de sus nervios.

2.^a La falta de ejercicio físico, de limpieza é higiene en que se cría á muchísimos niños de casas pobres. No respiran aire *puro, sano*, en la cantidad necesaria y falta *oxígeno* á su sangre, se atrofian sus pulmones y son propensos á la tisis.

3.^a El trabajo rudo y antehigiénico á que se somete á los niños de 7 á 13 años, obligándoles á estar sentados 10 ó 12 horas todos los días, á trabajar en condiciones contrarias á su salud y robustez, y, sobre todo, haciéndoles *picá punt, granejá*.

Para combatir la primera causa deben los padres desterrar toda clase de golosinas en la comida de sus hijos, suprimir en absoluto el café y las bebidas alcohólicas; y ya que por ahora muchos padres por desgracia no pueden comprar carne, deben dar á sus hijos mucho pan (moreno si es posible), legumbres, leche no adulterada, y otras

substancias que si no tan apetitosas como las golosinas, son en cambio más nutritivas y convenientes. Los niños que por las mañanas coman un buen plato de sopas de leche (sin café) ó de *oli-aigo* con pan moreno (debiera amasarse el trigo tal como sale de las eras sin quitarle la cáscara—hay fermentos ó levaduras que la disuelven—pues está probado que las partes del grano mas directamente sometidas á los agentes atmosféricos, calor, luz, etc., las del exterior, son las más nutritivas y convenientes; se asimilan mejor); á medio día un plato de sopa de caldo si es posible y luego carne, patatas y fruta. Si no hay carne, un plato de potaje, habas, garbanzos, judías, etc.), pan, queso y fruta. El pescado es artículo de lujo; nutre poco. Por la tarde una sencilla merienda de pan y queso, sobrasada, etc.; y por la noche sopas de ajo y un postre, ó patatas, judías ú otras legumbres.

Los niños así alimentados (de un modo parecido, no hay necesidad de copiar la receta) se nutren bien, asimilan las sustancias que el desarrollo de su cuerpo requiere, y seguramente pocos padres de Menorca serán tan pobrísimos que no puedan llegar á este mínimo de alimento, si saben suprimir las cosas supérfluas.

Bastará para corregir la segunda causa que los padres *quieran* hacerlo.

Que acostumbren á los niños á *lavarse todo el cuerpo con agua fría* todos los días, y la cara y las manos dos ó tres veces cada día. Esto no cuesta nada; el agua abunda en nuestra isla y en dos minutos está hecha la operación.

Que supriman completamente toda prenda de lujo de la indumentaria infantil. Los niños vestirán trajes convenientes de ningún modo estrechos (tampoco muy anchos), calzado cómodo, prohibiendo el corsé en absoluto á las jóvenes menores de 15 años.

Todos los días deben jugar los adolescentes 2 ó 3 horas por lo menos al aire libre, correr, saltar, brincar, *luchar*, para introducir mucho oxígeno en sus pulmones y aumentar al mismo tiempo la capacidad torácica. Conviene que hagan grandes caminatas cada tres ó cuatro días, y que practiquen juegos atléticos hasta que estén cansados.

Los niños necesitan ejercitar sus músculos, sus nervios su cuerpo todo tanto como alimentarse. Los padres deben buscar medios para que á sus hijos no les falte el correspondiente *ejercicio físico necesario todos los días*, como buscan medios de *ganar lo suficiente para alimentarlos*. El oxígeno es *más necesario* que el *pan* y *cuesta más barato*.

Si los padres fuesen ilustrados, desaparecería desde luego la tercera causa que he nombrado. Comprenderían cuan conveniente es tener hijos robustos y no les inutilizarían para el porvenir. Los niños no deben ser explotados hacién-

doles trabajar con exceso: necesitan mucho tiempo para desarrollarse, robustecerse, formar su personalidad toda. Hoy no se tiene consideración á las necesidades del niño, por causa de la ignorancia de los padres y por la mala organización social, que hace que estos *necesiten* la ayuda del pequeño jornal de sus hijos. Este es una de las cosas cuyo remedio ha de procurarse con más empeño y más radicalmente.

Por de pronto, hasta que se hayan corregido los grandes defectos de la actual organización de la sociedad, debieran, por lo menos obligarse los padres á cumplir las tres reglas siguientes:

a) — Ningún niño menor de 13 años debe trabajar nunca más de tres horas seguidas. Pasado este tiempo debe concedérsele una hora para jugar, correr, brincar.

b) — No debe trabajar con luz artificial, ningún niño menor de 13 años, bajo penas severas que los mismos padres debieran comprometerse á cumplir.

c) — Debe prohibirse en absoluto á dichos niños *granejá* y *picá punt*, obligándose los padres á una fuerte multa si faltan á esta condición.

Estos acuerdos podrían tomarlos los padres inteligentes por su exclusiva iniciativa y sin necesidad de excitaciones exteriores. No mermarian, casi, sus intereses si cuidaran de no celebrar con tanta asiduidad la fiesta de S. Crispin, trabajaran menos, pero todos los días.

Mediten los padres sobre lo que acabo de decir, piensen cuan necesaria es la salud, la robustez, á sus hijos para estar en condiciones de obtener la victoria en la *lucha* por la *vida* á que se verán expuestos éstos, y seguramente harán cuanto indico y algo más que su cariño les sugerirá sin duda en bien de los hombres en formación, de los ciudadanos del nuevo siglo que ya alborea.

No hacerlo constituye un gran crimen. —X.

Los tres aliados

(De «La Federación» de Tampa)

¿Qué es la propiedad?: un despojo. ¿Qué es la autoridad?: un despojo también de nuestra libertad. Ambas son, pues, producto del robo y la usurpación y ambas constituyen una tiranía. La primera, la tiranía económica; la segunda, la tiranía política.

Según los datos que aportan las investigaciones científicas, el hombre, al aparecer en la superficie de la tierra, ésta no pertenecía á nadie, era propiedad común: pertenecía á todos. Disfrutaba de los productos naturales, de la fruta, de la pesca y de la caza, en compañía del oso y de la hiena, de quienes es contemporáneo.

Al mismo tiempo que nuestro planeta seguía su curso evolutivo obedeciendo á las leyes mecánicas de la materia que sin cesar se metamorfosea y cambia en la forma por sus variadas y asombrosas com-

binaciones, ibase también perfeccionando el organismo de la especie humana y avanzando en cultura y civilización. Separóse entonces de las fieras y constituyó tribus, donde reinaba la más completa igualdad, repartiendo por igual los productos de la pesca y de la caza y más tarde los del cultivo del suelo. Mas he aquí que el hombre al mejorar de condición, al encontrarse con más facultad intelectual, principió á divagar sobre cuanto le rodeaba y querer darse una explicación del por qué de las cosas. El huracán, el vendabal, el rayo y el trueno; el volcán que rugiendo despedía á torrentes el fuego; el terremoto que con sus inesperados sacudimientos agrietaba la corteza terrestre y embravecía repentinamente el mar precipitándolo sobre el continente; la vida espontánea de las plantas vegetales; la sucesión periódica del día y de la noche; el mar con su flujo y reflujo, ora apacible ó enfurecido; los ardorosos rayos del incandescente sol y la opaca luz de la luna con sus variaciones temporales; los miles y millones de estrellas que en noches serenas adornaban la bóveda celeste y reflejaban su luz en la tierra; los arcos iris, los eclipses y los meteoros; todo cuanto en el gran laboratorio de la naturaleza se movía y era perceptible por los sentidos, atraía la atención del hombre que, en su ignorancia para hallar una concepción científica del mundo y de la materia, no supo hacer otra cosa que atribuir todo esto á uno ó varios seres sobrenaturales parecidos á él, á un dios ó á varios dioses.

Este fué el período crítico de su existencia. Sobrecogido de terror y de admiración á la vez, principió entonces á adorar y á temer á un mismo tiempo á un ser desconocido é imaginario. Los más inteligentes y astutos de las tribus que por intuición adivinaban la realidad de la materia, se aprovecharon de la ignorancia y de la superstición para hacerse mediadores entre ese ser sobrenatural y el hombre que de rodillas le adoraba y le temía. Erigidos así en mediadores ó en sacerdotes, se hicieron adorar como tales y exigieron sacrificios, ofrendas materiales para los dioses y para si mismos. Ya estaba, pues, creada con esto la autoridad terrestre unida á la divina, basada en el fanatismo y en la ignorancia; pero esto no bastaba, había que apoyarla en algo más sólido, pues el día menos pensado podía desmoronarse. Al efecto, los sacerdotes con habilidad suma llamaron á su lado á aquellos individuos de las tribus que se distinguían por su inteligencia y por su carácter independiente, y armandolos lo mejor que pudieron, después de iniciarlos en sus secretos, les concedieron privilegios y títulos nobiliarios, creando así la aristocracia y la fuerza. Unidos esos dos elementos, la inteligencia y la espada, la fuerza y la astucia, se repartieron entre si la tierra, que antes era de todos, y convirtieron en esclavos á los que antes fueron hombres libres.

A partir desde esa fecha, el mundo fué para la humanidad un continuo campo de batalla. Creáronse las regiones y las nacionalidades, y al fanatismo religioso se unió el fanatismo patriótico. Salieron entonces los grandes capitanes, los grandes conquistadores, y ejércitos numerosos y pueblos enteros entraban á sangre y fuego en territorios vecinos para arrebatárselos sus propiedades y sus riquezas en beneficio de la aristocracia y del clero.

Bajo la espada de los conquistadores y sobre la ruina y esclavitud de mil pueblos, fundáronse imperios extensos que no fueron otra cosa que inmensos campos habitados por rebaños de pacíficos trabajadores cuya labor disfrutaban los zánganos que los gobernaban y cuyas hermosas hijas servían para satisfacer la lujuria y lascivia de sus amos.

Con la enseña de Cristo y de Mahoma por divisa, se libraron cruentas batallas que cubrieron los campos de cadáveres, las poblaciones de cenizas y empaparon la tierra de sangre; pero en el fondo de todas esas luchas, de todas esas guerras llamadas de religión y de patriotismo, sólo palpaba una co-

sa, un objetivo: el despojo y la tiranía, es decir, la propiedad ajena que provocaba y los esclavos vecinos que se querían poseer. O en otros términos: lo mío y lo tuyo.

Con la enseña de la cruz unos cuantos aventureros invadieron las Américas y mirad lo que sucedió: las tierras arrebatadas á los indios y los indios esclavizados. Una civilización americana, quizá superior á la europea, secumbe en el imperio de los Incas en el Perú al filo de la espada y al fuego de los arcabuces de los que quieren introducir la religión de Cristo.

En los albores de la civilización y de las sociedades y á la sombra del clero y de la aristocracia, bajo la protección disimulada de esos dos poderes, se vislumbra en embrión un tercer poder: la piratería. Los piratas fueron en aquella época casi los únicos mediadores entre el productor y el consumidor de países distantes. Ellos transportaban las mercancías de un país á otro. Asaltaban en pleno mar y en el litoral á otros buques que regresaban cargados, robándoles á viva fuerza sus mercancías y sus esclavos, lo mismo que en tierra hacían con las caravanas ó ya, cuando se consideraban bastante fuertes, caían de improviso sobre las poblaciones desprevenidas entrando á saco ó introduciendo entre sus habitantes el pánico y el terror. Las costas del Asia, del Africa y de la Europa toda y hasta de la América, podrían contar sus hazañas si disdusieran de lengua humana; pero ahí están las páginas de la Historia escrita por los mismos descendientes de los piratas, que no me dejarán mentir. Su poder fué tan grande que casi podía rivalizar con los otros dos, que muchas veces temblaron ante sus embestidas y no pocas se sirvieron de él para sus propios fines: para atacar al vecino y arrebatárselo parte de sus riquezas. Los gobiernos constituidos los protegían, facilitándoles como abrigo y como base de operaciones sus puertos marítimos.

En una época aun no muy lejana, en que sólo quedaban restos de esa piratería por la evolución que en ella se había operado, los gobiernos dieron muestras muy visibles del aprecio en que la tenían. La reina de Inglaterra llamó al célebre pirata inglés que se dedicaba á robar los navíos que de América iban cargados de oro, para investirle con el título de Almirante y confiarle el mando de la escuadra dedicada á combatir la «Escuadra Invencible» de Felipe II de España. Hoy, apenas si se vé alguno que otro buque pirata en los lejanos mares del Asia ó de las despobladas costas del Africa. ¿Y sabéis por qué? Por una razón muy sencilla. El gobierno de la aristocracia y del clero comprendió desde los primeros momentos lo útil que podrían serle los piratas dentro de sus Estados para establecer el comercio entre sus súbditos y sujetarlos más con su ayuda, y trataron de atraerlos á la «legalidad», esto es, á que se sujetaran en su tráfico á ciertas reglas ó leyes, dando con esto á sus robos cierta apariencia de honradéz. Desde entonces, poco á poco fueron comprendiendo los mismos piratas las ventajas de la situación que les ofrecía el Gobierno y paulatinamente fueron abandonando sus robos á mano armada para robar dentro de la ley. Transformáronse en esa evolución en comerciantes, traficantes, corredores, fabricantes, armadores y guerreros, y crearon esa clase que hoy la designamos con el nombre de «burguesía», que no es otra cosa que la piratería reglamentada.

En el transcurso de los siglos, dedicada esa clase á todo género de tráfico, se había enriquecido despojando al pueblo de lo poco que le dejaban las otras dos, y últimamente, llena ya de oro, se mostraba amenazadora, ansiosa de sustituirlas en el poder.

(Continuará)

Manifiesto del Congreso Regional de las Sociedades obreras de resistencia celebrado recientemente en Madrid

A LOS TRABAJADORES

Compañeros: Acabamos de celebrar el acto más importante y trascendental que los trabajadores españoles han realizado de veinte años á esta parte.

El Congreso Regional, antes de disolverse, desea enviarnos su saludo fraternal, que sea como lazo de unión que estreche nuestras relaciones y consolide la armonía y la concordia que queremos ver, no sólo arraigadas en todos los corazones, sino también traducidas en la práctica por actos de perfecta solidaridad.

Los trabajadores españoles, congregados en esta reunión por medio de numerosos representantes, han traído á ella, con su buena voluntad, las aspiraciones latentes en el proletariado.

Aspiramos todos á la redención de la clase obrera: á nuestra elevación moral, por medio de la educación y la enseñanza; á nuestro mejoramiento material, humanizando las condiciones del trabajo; á nuestra dignificación, reivindicando los derechos inherentes á la personalidad humana; á nuestra emancipación, practicando la solidaridad que ha de establecer entre los hombres el imperio de la justicia, la igualdad económica, la fraternidad universal.

Nuestra labor ha sido provechosa y ha de serlo más; así lo esperamos.

El espíritu del Congreso, apartándose de toda rutina, elevándose sobre todo linaje de miserias humanas, se ha inspirado en altos ideales de libertad y justicia y sus soluciones, casi todas por unanimidad adoptadas, han sido radicalísimas.

Entendemos que planteada ya en el mundo la cuestión social en todos sus aspectos, y concretadas las aspiraciones de la clase obrera, ni en el terreno de los ideales caben, ni una bien entendida táctica aconseja, transacciones de ninguna especie entre los dos factores del problema.

Pertenece á la clase de los desheredados, de los que todo lo producen y no consumen casi nada, de los que traen sobre sus espaldas todas las servidumbres de los siglos y no sobre la frente derecho alguno de los que la ciencia y la justicia reconocen á los hombres; somos los hijos de los ilotas, de los parias, de los siervos, de los esclavos de todos los tiempos; somos descendientes de los explotados eternamente; somos, en fin, el ejército de la miseria que iluminado por la luz de la conciencia se levanta de la tierra en que yacía humillado, uncido al terruño, encadenado al taller, sometido al látigo de las tiranías, á proclamar que comienza un nuevo éxodo para la humildad; para nosotros, los españoles, una nueva era; para los obreros representados en este Congreso la hora de proclamar que no reconocen amos.

Todos los hombres son hermanos nuestros. Frente á nosotros no hay más que un partido: el de los explotadores.

No hemos coartado en nuestros acuerdos la libertad individual ni la colectiva. La libertad, la justicia y la solidaridad son los principios sobre que descansa toda nuestra labor.

Hemos proclamado la necesidad de reducir la jornada de trabajo á ocho horas diarias, como máximo; el aumento de los salarios proporcionalmente al de los artículos de primera necesidad y según las circunstancias de lugar y momento; la conveniencia de federarse mediante pactos libres las sociedades afines por razón de oficio, de domicilio y de aproximación.

Hemos proclamado la libertad y autonomía del individuo en la sociedad, de la sociedad en la fede-

ración local, de esta en la comarcal y de todas en la regional.

Hemos declarado que practicaremos la solidaridad entre todos los obreros del mundo, en la medida que nos lo consientan nuestros medios de acción.

Hemos afirmado que indiferentes á toda política nuestro ideal es mejorar la condición moral y material del trabajador.

Hemos resuelto, en fin, que para laborar incensablemente por la conquista de nuestros ideales, nos dedicaremos por medio de la enseñanza á formar la conciencia de los obreros que nacen; por medio de la asociación y la propaganda á sumar, y organizar fuerzas; por medio de la solidaridad á prestar á cada uno, entidad ó individuo, el apoyo de todos; por medio de la huelga, parcial ó general, á hacer valer nuestros derechos, conquistar nuestras aspiraciones en cada momento y reivindicar tan rápidamente como sea posible la justicia que necesitamos.

Esté Congreso no ha exaltado personalidades, ni reconoce para en lo sucesivo autoridad personal alguna en lo que á su vida interior y de relación atañe.

En la Federación Regional Española todas las iniciativas son libres, todas las sociedades tienen los mismos derechos, nadie ejerce autoridad, ningún cargo será retribuido.

Queremos inmediatamente la supresión del trabajo á destajo y la de los intermediarios entre el capitalista y el trabajador.

Queremos la igualdad de derechos y deberes, así como como la de los jornales entre los dos sexos.

Queremos la prohibición del trabajo para los adolescentes menores de catorce años y para las mujeres en el período de la gestación y lactancia.

Queremos la enseñanza integral, laica, libre para nuestros hijos.

Queremos la supresión del impuesto de consumos, que es el tributo de la miseria, y la del servicio militar, que es el tributo de la sangre.

Queremos llevar á nuestros hermanos, los obreros del campo, los beneficios de la asociación y la solidaridad.

Queremos hacer imposibles las guerras entre los hombres, negándonos á empuñar las armas.

Queremos la supresión de la propiedad privada y la socialización de los instrumentos del trabajo.

Queremos la paz, la fraternidad, la libertad, la igualdad y la justicia.

Queremos luchar para que la revolución rompa los diques que á la evolución se oponen.

Proclamamos la necesidad urgente y permanente de la revolución social, mantenida en la conciencia del proletariado por la lucha económica.

Nosotros no aspiramos á la conquista del poder, porque todo poder implica coacción y tiranía.

Nosotros declaramos que incurren en grave contradicción y en error manifiesto los trabajadores que, en nombre de la igualdad económica, pretenden imponer al mundo el gobierno del proletariado.

Cuando los hombres sean moral, económica y socialmente iguales, cuando se hayan emancipado del yugo capitalista, la sociedad no necesitará otras leyes que las naturales para desenvolverse en un régimen de libertad regulado por la razón y la justicia.

Trabajadores, compañeros, hermanos, oid nuestra palabra de amor: uníos, asociáos, sumad vuestras fuerzas, practicad la solidaridad, venid á nosotros, á conquistar con el esfuerzo común la emancipación de todos.

Sed vosotros enérgicos y perseverantes para que vuestros hijos sean libres, felices y buenos.

Saludad con nosotros al proletariado universal y levantad el pensamiento y el corazón hácia los ideales de emancipación, justicia y libertad que ya irradian luz de redención y de esperanza sobre la

frente abatida y desesperada de todos los explotados.

La Política y los pueblos

Apesar de la insistencia de mi amigo y contrincante P. S. en el número anterior, sobre los orígenes de esta polémica, creo que basta para esclarecer y terminar este punto secundario la siguiente declaración del *Suplemento de la Revista Blanca* (24 de Noviembre).

«Al expresar que Mahon era un pueblo muerto antes del proceso de Cambios Nuevos, queríamos decir que lo era para las ideas libertarias, nó para las librepensadoras ni para las republicanas». Así dice textualmente el apreciado colega.

Aclarado ésto, voy á expresar mis opiniones sobre la política, de la que hoy por hoy, según parece tanto abomino, según expresa mi contrincante. Quizá con ésto ha querido hacer notar la contradicción entre mis palabras del otro día y mis obras anteriores. Contradicción, ó cambio, al menos, que efectivamente existe y que yo me complazco en reconocer. De parecidos cambios de opinión está llena mi vida intelectual.

Hace diez años (era todavía un niño) yo creía puerilmente en la religión de nuestros mayores. Si entonces hubiese sentido temor á contradecirme, si hubiese petrificado mis convicciones, en vez de someterlas á la razón, si me hubiese creado un autopontificado y declarádome infalible, todos aquellos errores y aquellas supersticiones de que hoy me río, estarían aun en mí. No puede mortificar, por lo tanto, mi amor propio el que se haga notar la serie de cambios que se han sucedido durante estos diez años; al contrario, me enorgullece la consideración del inmenso (con relación á mis fuerzas) trabajo intelectual que representa el ir desentrañando y conociendo el gran cúmulo de errores y prejuicios con que se llenan los cerebros de los niños en el seno de las familias y todavía más en las malas escuelas, para rechazarlos una vez conocidos, aproximándome cada vez más á la verdad por ese que podría llamar sistema de eliminación. Y conste que no declaro cerrado el período de reformas: siempre que una nueva razón, una nueva experiencia, una mejor observación ó una manera que me parezca más acertada de juzgar las cosas, venga á descubrirme una verdad ó á sacarme de algún error, yo cambiaré de opinión nuevamente. Solo á este precio se logra ser sincero; y me reprocharía siempre como una deslealtad el dejar de decir lo que pienso hoy por miedo á que resulte diferente de lo que dije ayer ó diré mañana.

En el punto concreto que voy á tratar, ó sea, en la apreciación de los beneficios que la acción política pueda reportar á los pueblos, es evidente que mi parecer de hoy no es el mismo de hace algunos años. No en vano me he ocupado en estudiar estos asuntos, recogiendo con cuidado las elecciones de la experiencia. Cándido me parece el sueño del pacto social como origen de la sociedad humana; más cándido todavía el creer en la reforma del modo de ser de la sociedad de hoy por medio de un nuevo pacto, ó sea por la acción pacífica de un mútuo y universal consentimiento; ó dicho en otros términos, niego en absoluto la eficacia positiva del sufragio universal.

Para mejor entendernos conviene, antes de pasar adelante, concretar el sentido de las palabras. Hablo de acción política en el sentido práctico, distinguiéndola de acción social, separándola del problema económico, religioso, etc. Por política entiendo el arte de cabildar en el Congreso, en el Senado, en las Diputaciones provinciales y en los Ayuntamientos; y la acción política por parte del pueblo (que para los gobernantes ya es otra cosa) se reduce casi exclusivamente á las elecciones.

Pues bien, eso, las elecciones, el juego inocente de juntas y comités, los ilustres jefes, la oposición más ó menos convencional en las asambleas políticas, todo eso lo tengo por completamente inútil para el verdadero fin que deben proponerse los pueblos, que es su total y definitiva emancipación. Lo cual quiere decir que soy contrario á la política como procedimiento del que puedan esperarse buenos resultados efectivos; aunque, por otra parte, me ha entretenido mucho, tomada como una especie de sport, y es fácil que reincida cuantas veces se presenten luchas electorales que prometan emociones interesantes.

Candorosamente creyeron muchos liberales que el pueblo podía llegar á ser dueño de sus destinos por medio del sufragio universal. La experiencia nos ha demostrado, de modo que no deja lugar á dudas, cuanto se equivocaron aquellos teóricos: el sufragio no ha servido para nada; ni ha remediado ningún mal, ni ha producido ningún bien. El pueblo es hoy tan esclavo como antes y está tan lejos de gobernarse á sí mismo como en los peores tiempos absolutistas. Aún más, creo que las farsas electorales han sido funestas á los pueblos, pues les han debilitado, haciéndoles perder mucho tiempo y apartándoles del verdadero camino, de la lucha efectiva, del único procedimiento eficaz, que es el revolucionario.

Al decir revolución no me refiero al motín ni á la barricada. Revolucionario es educar á los pueblos para la vida de la libertad; limpiar de supersticiones las conciencias; hacer comprender los males del militarismo y la necesidad y posibilidad de acabar con las guerras; combatir la actual forma de la distribución de la riqueza y el equivocado concepto de la patria; en una palabra, es obra revolucionaria el procurar la destrucción de todos los males de la sociedad presente, que el Estado ampara é impone por la fuerza: ésto es lo revolucionario en el fondo. En cuanto al procedimiento, debemos considerar mejor al más eficaz; pero como las leyes se hacen precisamente para defender al Estado y á los bastardos intereses que representa, es claro que sería una candidéz el buscar en esas mismas leyes los medios de combatirle.

Los gobiernos españoles, compuestos de políticos monárquicos, jamás hubieran concedido al pueblo el derecho de sufragio si hubiesen creído que por este medio podía ser derribada la monarquía y arrojados ellos del poder para siempre. Me parece imposible que P. S. no vea ésto bien claro. No votaron el sufragio universal hasta que tuvieron la seguridad de poderlo falsear y prostituir; y por cierto que la práctica ha superado todos los cálculos.

No creo que la revolución fuera segura, inevitable, como dice P. S., si en lugar de uno, cuatro, diez, hubiesen sido ciento los diputados demócratas; pero estoy seguro de que jamás partido alguno podrá llevar á las Cortes representantes en mayor número del que convenga al gobierno. Podrá un partido fuerte ganar una elección en determinado distrito; pero ésto no alterará el conjunto, por tener los gobernantes demasiados medios de compensación. Los mahoneses sabemos lo que cuesta sacar triunfante un candidato cuando no quiere el gobierno que triunfe, la suma de voluntades á unir, de compromisos á arrostrar, de dificultades á vencer, de traiciones á prevenir, el cúmulo de trabajos ímprobos, la incertidumbre antes, en y después de la votación. Para conseguir el triunfo en cien distritos á la vez se necesitaría mayor trabajo, mejor organización, más dinero, más número de partidarios y más energías que para hacer una revolución verdadera. En realidad, semejante lucha equivaldría á una revolución en día fijado por el gobierno y previsto con tiempo suficiente para preparar todos los medios de contenerla y sofocarla. ¿Quién puede pensar que un gobierno se dejara vencer y derribar tan avergonzosamente sin acudir antes á todas las violencias, atropellos y coacciones, hasta el derrama-

miento de sangre, de tanta sangre como hiciera falta? ¿Qué les importa de la sangre del pueblo á los que gobiernan? Bien lo demostraron cuando la guerra con los Estados Unidos que no tuvo otro objeto, segun declaró el mismo Polavieja á un corresponsal de *La Patrie*, que el de salvar las instituciones.

Las únicas elecciones que el pueblo puede ganar con relativa facilidad son las municipales. Yo no me atrevo á negar rotundamente que vá alguna diferencia de que la mayoría de un Ayuntamiento esté compuesta de personas honradas y simpáticas al pueblo á que la formen políticos de oficio dispuestos á secundar los manejos de ministros y gobernadores y hasta de las autoridades eclesiásticas. Indudablemente se conseguirían ventajas en la administración y se podrían evitar molestias y gastos á los ciudadanos; pero todo esto lo ha previsto el poder central y ha conseguido atenuar los beneficios y aumentar los daños con una ley que anula todas las iniciativas municipales, á voluntad del gobierno. En las poblaciones de alguna importancia bástale imponer un Alcalde de Real orden que, apoyado por el gobernador, puede más, aunque sea un zote, aunque ninguna buena cualidad moral ni intelectual le distinga, que todos los demás concejales reunidos. Tampoco podemos dudar de esto los mahoneses.

Así las cosas ¿cree mi amigo P. S. que las ventajas, muy accidentales, que pueden conseguirse compensan el trabajo y los perjuicios que toda lucha electoral ocasiona á los pueblos? No me refiero solo á los perjuicios materiales, aunque son muy de tener en cuenta, como pérdida de trabajo, venganzas, etc. Hablo principalmente del gran perjuicio moral que se ocasiona á la causa del pueblo, á la causa de su emancipación, el colocar la lucha en un terreno en que el pueblo nada importante y serio puede conseguir y en que el gobierno tiene todas las ventajas.

Un ejemplo tenemos de lo que acabo de decir en el pueblo mismo de Mahón, al que no quiere P. S. que llamemos *muerto*. Más vivo y más enérgico estaba indudablemente hace algunos años. Luchaba en el terreno político y en el religioso con mucho más brío que ahora; veíanse llenas las lóginas y vacías las iglesias; el clero apenas se cuidaba de otra cosa que de ir viviendo; las ideas republicanas eran verdaderamente sentidas. ¿Ocurrirá hoy lo mismo? A diario nos quejamos de la indiferencia que se apodera de todos; cada día será más difícil mover al *cuerpo electoral*; y los reaccionarios aprovechan esta indiferencia para levantar cabeza y presentarse cada vez más osados y provocativos. De que esto suceda está bien que nos lamentemos, pero mejor será investigar las causas, pues solo un perfecto conocimiento del mal podrá indicarnos el remedio. Y el mal está, creo yo, en los desengaños recibidos de la política. Desengaños reales, positivos, que no tenemos para qué disimular.

La política ha dado de sí cuanto podía dar: hemos llegado á tener una constitución relativamente liberal y una legislación relativamente democrática; naturales frutos de la revolución de año 68. Pero desde entonces el mundo ha seguido su marcha progresiva; nuevas ideas ocupan las mentes de los pensadores de los países civilizados. Solo nosotros hemos quedado estacionados, agitando aun problemas que debieron quedar resueltos en aquel movimiento popular.

En el camino del progreso, detenerse cuando los otros avanzan es quedar rezagado. Así el pueblo mahonés, cuya organización fué magnífica mientras fué oportuna, mientras los ideales políticos eran sentidos y vividos por el pueblo, hoy, que la idea política va quedando atrás para dejar paso á nuevos problemas, á nuevas aspiraciones, ni está convenientemente preparado para la lucha, ni lo estará mientras se empeñe en sostenerla dentro de los viejos moldes y con los antiguos procedimientos.

Cuales sean los que deben adoptarse para apresurar el día de la verdadera emancipación huma-

na y el reinado de la fraternidad, dé la libertad y de la justicia, procuraré tratarlo en uno de los próximos números, ya que sobre esto me preguntará, con seguridad, mi apreciado contrincante.

Para no disgustar al cual no me empeñaré en sostener que el pueblo mahonés está muerto, aunque espero con interés que me den á conocer, en tanto que esté unido al carro de la política, noticias de su vida, de sus energías, de sus aspiraciones y de sus esperanzas para el porvenir.

M.

De justicia y de necesidad

Diseminada por los pueblos fronterizos de Francia, por Oran y por toda la América, vaga errante una multitud de jóvenes españoles que, con muy buen acuerdo, prefirieron que se les declarara desertores ó prófugos antes de consentir que les asesinaran, estando llenos de vida y de salud, en las agrestes tierras de Filipinas ó en la manigua de Cuba.

Los que no tuvieron la precaución de imitarles, allá dejaron sus vidas, llenando de consternación á sus familias, dejando sin amparo á sus madres, á sus mujeres, á sus hijos ó á sus padres ancianos. De los que han vuelto muchos han muerto también á consecuencia de enfermedades allí contraídas; otros son esqueletos vivos; muy pocos volverán á ser útiles productores.

Como *liquidación* de tantos desastres, ha correspondido á la casta de los dominadores: ascensos, méritos, cruces pensionadas, puñados de oro y la completa impunidad para los culpables. El pueblo, en cambio, el pobre pueblo ha tenido que cargar con todas las fatales consecuencias. Hasta las familias de los que pudieron librarse desertando de la muerte, tienen que sufrir la separación y el forzoso desamparo de sus hijos, que viven emigrados, luchando desesperadamente en países extraños, debilitados por la nostalgia. Los agiotistas que con la guerra lucraron, mejor fuera que no hubiesen vuelto, porque han caído sobre la nación como una plaga. Los otros, los hijos del trabajo que están proscritos, hacen aquí mucha falta. España necesita nervio, lozanía, vigor; necesita juventud dispuesta para el trabajo. Es indispensable, que se remedien los daños en lo que sea posible; es de necesidad y de justicia que se abran las puertas de la nación á los emigrados, que vuelvan al seno de sus familias, que empleen sus fuerzas y su inteligencia en el trabajo aquí en España, donde hacen tanta falta. Ya que el gobierno parece que no se ha acordado de hacerlo espontáneamente, que lo pida el pueblo, que se mueva y agite hasta conseguirlo.

En el valiente semanario *Progreso*, de Madrid, viene sosteniendo una enérgica y razonada campaña en tal sentido el distinguido escritor Leopoldo Bonafulla, que vive en Marsella y ha tenido ocasión de apreciar el problema en su verdadero valor, y ha logrado interesar vivamente la opinión en Cete, Narbonne, Perpignan, Béziers, Marsella, Oran etc. En Barcelona le secunda el ex-diputado republicano Sr. Junoy desde *La Publicidad*.

Los señores Morayta, Lletget, Blasco Ibañez, Azcárate y Fernando Gonzalez, han ofrecido hacer campaña en las Cámaras. D.^a Angeles López de Ayala empezará dentro de poco una serie de reuniones, conferencias y demás manifestaciones que puedan favorecer el propósito.

Las islas Baleares han sido y son castigadas por esa emigración. La colonia balear en el extranjero es numerosa y seguramente las familias verán con simpatía cuanto se haga por restituirles á los suyos ausentes, al igual que han demos-

trado ya las de Valencia, Barcelona, Gerona y muchas poblaciones más.

Importa que los que tengan emigrado alguno de su familia procuren relacionarse y estar de acuerdo para lo que convenga hacer.

En este periódico se dará cuenta de lo que se proyecte y se haga.

Deseamos y esperamos que nuestros hermanos de Mallorca tomen alguna iniciativa en asunto de tanto interés que no hemos vacilado en afirmar que es de necesidad y de justicia.

Ante el Jurado

El día 6 del corriente se vió ante el Tribunal del Jurado la causa que hace más de un año se formó contra nuestro director por supuesto desacato á la autoridad del Obispo, con motivo de un artículo titulado *«El Grano de Arena»*, que vió la luz en EL PORVENIR DEL OBRERO de 20 de Octubre de 1899. Más de un año se ha tardado en resolver un proceso que seguramente no había para qué empezar.

El acto de la vista no revistió ninguna importancia, y aun todo lo que se hizo sobraba. Es de lamentar que los señores magistrados, tengan que perder el tiempo, que vestirse de *reyes magos* y que cumplimentar un ceremonial tan engorroso por tan pequeños motivos.

El señor Fiscal tuvo que hacer habilidosos esfuerzos para encontrar en aquel escrito algo que pudiese parecer culpable.

Del abogado defensor D. Pedro Ballester no hemos de hablar, para que no se interpreten nacidos del agradecimiento y de la cariñosa amistad que con él nos une los merecidos elogios que habríamos de tributarle. Si el Sr. Obispo hubiese estado presente y oído el discurso de defensa, con seguridad se hubiese arrepentido de aquel viaje á Mallorca que precedió á la orden de procesamiento.

A los señores Jurados, aunque al dictar veredicto de inculpabilidad podían estar y estaban efectivamente seguros de que cumplían con su deber, también debemos manifestarles el más sincero agradecimiento. Sabiendo que dependía de nuestros conciudadanos el hacer brillar nuestra inocencia, jamás estuvimos intranquilos ni abrigamos dudas acerca del buen resultado.

Esté no ha sido precisamente un triunfo personal nuestro, sino de la justicia y de la libertad. Le consideramos un incidente de la gran lucha que los hombres de progreso mantienen contra la reacción del absolutismo y de la intolerancia en todos los países del mundo.

Es fácil que todavía nos queden persecuciones que sufrir. Si se ha de marchar por el camino del progreso, si ha de triunfar algún día la justicia, esto no sucederá sin que sean virilmente derribados los obstáculos que tradicionalmente oponen los enemigos del bienestar de los pueblos. Cada paso adelante está señalado en la historia con la sangre de muchas víctimas. En nuestra nación los enemigos del pueblo son poderosos y fuertes todavía; por lo tanto, la lucha necesariamente tiene que ser dura y violenta.

No puede amenguar nuestro ánimo, más bien lo aumenta, el proceso de que acabamos de salir triunfantes; tampoco nos habría hecho ceder en nuestro empeño si el resultado hubiese sido adverso.

Pensamos, como hemos pensado siempre, seguir nuestro camino con serenidad y sin vacilaciones, cumpliendo los deberes que nos hemos impuesto é importándonos muy poco lo que puedan maquinarse para perjudicarnos aquellos á quienes con razón y con justicia combatimos.